



T. VII.

ALEJANDRIA.

# HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

---

LIBRO VIGÉSIMO NONO

---

I

La Francia acababa de salvar á la Turquía , enviando oportunamente al Rhin contra la casa de Austria cuatrocientos mil hombres. Pero salvándola, no la rejeneraba.

Antes de comenzar la historia de estos reinados efimeros de decadencia que hicieron retroceder á los turcos todo el espacio que separa á Viena de Andri-

nópolis, y el fondo del golfo Adriático de la desembocadura de los Dardanelos, el historiador piensa involuntariamente en buscar la causa de esta súbita inferioridad militar que sorprende y desconcierta de repente á los otomanos.

Una rápida ojeada se la revela, una palabra se la indica al filósofo político: el arte militar se habia perfeccionado en Europa y habia permanecido estacionario en Oriente. Las potencias occidentales tenian ejércitos regulares y disciplinados en los que cien mil brazos eran movidos por una sola alma con la prontitud, la uniformidad y la intensidad de accion de la cabeza sobre los miembros; la Turquía no disponia mas que de hordas heróicas, pero incoherentes é insubordinadas, que formaban masas pero no cuerpos regularizados. Además, la Europa tenia generales educados desde su infancia en el arte de la guerra y conocidos de sus soldados, responsables de la victoria ó de los reveses ante su gobierno y su nacion; los turcos eran mandados por visires que nombraba el capricho del sultan ó el favor de una sultana, desconocidos la víspera del ejército y del imperio, creyendo recibir con el sello del Estado el génio innato de las batallas, y sin otra responsabilidad que el cordon si eran desgraciados en la guerra; el paraíso, si morian con denuedo en la refriega. Un déspota, espionado

por un verdugo; tal era el gran visir, general absoluto de los otomanos.

En fin, este arte de la guerra, nacido en Europa de las guerras civiles de la Italia, perfeccionado en España y Francia, importado en Alemania, propagado en Hungría, Polonia, Suecia y Rusia, habia formado en Montecuculli, Veterani, Condé, Turenna, el duque de Lorena, el elector Augusto de Sajonia, Sobieski, Carlos XII de Suecia, Pedro el Grande de Rusia, en fin, el príncipe Eugenio de Saboya, los generales mas consumados que hubiesen aparecido á la vez en el mismo siglo. El génio conservador de la Europa, haciéndoles nacer casi simultáneamente en la época de la última tentativa de los otomanos contra Viena, parecia haber proporcionado los defensores del Occidente á sus peligros. La providencia acababa de ofrecerle en Alemania el mas temible de todos estos guerreros en el príncipe Eugenio de Saboya, el segundo Sobieski del Occidente.

## II

El príncipe Eugenio de Saboya era uno de esos hombres predestinados para la historia, á quien una

vocacion irresistible traza precozmente el camino que deben recorrer apesar de la naturaleza y de la sociedad. Nieto del duque reinante de Saboya, hijo del conde de Soissons, príncipe de esta casa nacionalizada en Francia, la bella Olimpia Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, era su madre. La condesa de Soissons, implicada por lijereza; mas que por crimen, en los procesos de envenenamientos que habian empañado el brillo de la córte de Luis XIV, se habia refugiado en Bruselas huyendo de los procedimientos judiciales, de que no eran poderosos á librarla su rango ni su hermosura.

Su hijo, no favorecido por la naturaleza, deforme de hombros, de raquícticas formas, de temperamento enfermizo, pero de fisonomía hermosa y precoz inteligencia, estaba destinado á seguir la carrera de la iglesia como incapáz ó indigno de las armas; pero su carácter marcial y su pasion por la gloria protestaban contra esta vida retirada del sacerdocio. Todos sus pensamientos y todos sus estudios tendian á la imitacion de los héroes de Plutarco. Aunque ya se le diese en la córte el título de abate de Saboya, presagio de su destino eclesiástico, solicitó con ardor de Luis XIV el favor de mandar un regimiento en sus ejércitos. Fuese desden del rey hácia su exterior, tan poco militar, fuese recelo de Louvois, ministro de la

guerra, que temia quizá peligroso para la Francia el engrandecimiento de un príncipe de la casa de Saboya, Eugenio fué duramente desatendido y rechazado del servicio del rey. Esta negativa le inspiró un resentimiento amargo que no se borró jamás de su alma, y juró como Coriolano ser enemigo tan implacable de Luis XIV como habia sido servidor despreciado. El ódio y la venganza, juntos con su amor de gloria, fueron los móviles de su ambicion. No se forman impunemente juicios errados acerca de ciertos hombres, y de ellos era el jóven abate de Saboya.

Partió para Viena, donde el emperador Leopoldo, tambien pariente suyo, lo recibió en la córte y le dió entrada en su ejército. Voluntario intrépido y distinguido en la campaña contra los turcos, á las órdenes del duque de Lorena y de Sobieski, su valor y su acierto le valieron despues de la libertad de Viena, el mando de un regimiento de dragones. Su fama creciendo en las campañas siguientes de Hungria, lo elevó al grado de general de los ejércitos del imperio. Louvois, para castigarlo por su gloria, lo humilló con el dictado de tráfuga é hizo pronunciar á Luis XIV la pena de un destierro eterno contra los generales nacidos en Francia, que mandaban tropas extranjeras.

« Por mas que haga, » exclamó el príncipe Euge-

nio, « volveré á Francia apesar suyo, y volveré causando terror á los que me han desdeñado. »

Los sucesos y la invasion del Delfinado por los piemonteses, aliados de Leopoldo, y mandados por su jóven compatriota, debian justificar muy pronto este presagio, hijo de su orgullo. Para desgracia de Luis XIV, fué nombrado generalísimo del imperio, igualó á Condé en ardor, á Turena en prudencia, á Montecuculli en táctica, á Sobieski en constancia, resumiendo en él, en Hungria, sobre el Rhin, en Francia, en España, en el Danubio, durante una vida que no fué mas que una sucesion de campañas y un catálogo de victorias, á Anibal, César y Federico II. Sobieski habia sido el escudo de la cristiandad; Eugenio de Saboya iba á ser el azote de los otomanos. No se puede calcular lo que pesa en el destino de los imperios un hombre mas ó ménos, nacido ó muerto á propósito. El príncipe Eugenio iba á dárselo á conocer á los franceses, á los españoles y á los otomanos.

### III

Los primeros dias del reinado de Soliman III no fueron mas que el reinado imperioso y versátil de los

genízaros que lo habian coronado. Nombraron y asesinaron sucesivamente á muchos agas y muchos visires, instrumentos y víctimas de su ferocidad. Ellos forzaron al sultan á desterrar al único hombre capaz de dominar por el pensamiento y la energía estas convulsiones; al caimakan Kiuperli. El destierro lo conservó así para su señor y su patria. Apenas dejó respirar al serrallo la indignacion del pueblo y de los ulemas contra los atentados de la tropa, un anciano, Ismail-Bajá, recibió los sellos de gran visir. Mohammed, hijo de un zurrador de pieles, fué elevado al puesto de muftí. El último aga de los genízaros fué decapitado ante sus aterrados soldados por los verdugos sostenidos por el pueblo; los asesinos de Siawusch-Bajá, los genízaros que habian violado y mutilado á su mujer y su hija, fueron ahorcados en el Atmeidan; los cuarteles, de donde habia salido la revolucion, temblaron un momento.

Durante estos trastornos, estas coronaciones, estos suplicios, los venecianos llevaban á cabo sin resistencia la conquista y ocupacion de la Grecia y el Archipiélago. La Hungria, la Bosnia, la Dalmacia, la Tesalia eran segregadas una á una del imperio: hasta la misma Anatolia se sublevaba. El gran visir, incapáz por su edad de sostener el trono y defender las fronteras, dejó el puesto á los dos meses, á Mus-

tafá , bajá de Rodosto , favorito ántes y verdugo voluntario en Belgrado de su bienhechor Kara-Mustafá. Este nuevo visir levantó el destierro á Kiuperli , y lo envió á Candia á restablecer la subordinacion en el ejército , que acababa de matar al serdar Sulfikar-Bajá , y á sus principales generales.

El ejército otomano acababa igualmente de dar muerte en Temeswar á su bajá por haber retrasado el pagarle el sueldo. Yegen-Bajá , uno de los jefes de la sedicion de las tropas del Danubio , marchaba con sus regimientos sobre el mismo Belgrado para derribar al generalísimo , nombrado por el divan , y lo destituyó insolentemente con la omnipotencia de sus genízaros. Estos desórdenes del ejército del Danubio hicieron caer á Belgrado en poder de los imperiales ; el príncipe Eugenio recibió en aquel asalto su primera herida. En el mismo momento , los rusos , al mando del príncipe Galitzin , arrollaban hasta Perecop á cuarenta mil tártaros que infestaban la Volinia.

El sultan , consternado con la pérdida de Belgrado , se dirigió á Andrinópolis para observar mas de cerca las fronteras de Europa. Siguiólo el ejército , compuesto de reclutas. El khan de Crimea , el mas constante y el mas poderoso aliado del imperio , fué llamado á Andrinópolis ; Soliman III le confió la repre-

sion de Keduk-Mohammed-Bajá , que prolongaba en el Asia Menor la rebelion de los genízaros , y la venganza contra Yegen-Bajá , que mantenía desde las márgenes del Danubio una alianza sediciosa con Keduk.

## IV

Agitado el imperio en Europa y en Asia , la paz con el Austria se hizo necesaria. Soliman III confió su negociacion á dos hombres eminentes , á quienes sus largas relaciones con los embajadores de Francia y la Inglaterra habian iniciado en la política de la Europa , á Sulfikar-Effendi , y al griego Maurocordato , intérprete de la Puerta. No les sorprendieron en Viena á estos dos plenipotenciarios las exigencias desmedidas de la córte de Austria. El embajador de Francia , M. de Guilleragues , les habia hecho saber que Luis XIV iba á hacer pasar el Rhin á doscientos mil hombres para poner á raya á la casa de Austria. Sabian que esta potencia se veria obligada á llevar sus principales fuerzas léjos del Danubio. Las pretensiones del Austria consistian en la renuncia absoluta por parte de la Puerta , de la Hungría , de la Eslavonia , de la Bosnia ,

de la Servia, de la Transilvania, de la Valaquia, de la Moldavia, de la Tartaria Menor, en fin de la Grecia y de la Dalmacia en provecho de Venecia, desde Corfú hasta Corinto.

Estas restituciones, impuestas á la Puerta volvieron al parecer su antigua energía al pueblo otomano. Constantinopla resonó con un grito de indignacion; las provincias corrieron á las armas; el sultan declaró que, siguiendo el ejemplo de sus antepasados iba á ponerse á la cabeza de sus tropas para vengar su religion ó morir por ella. Luis XIV fomentó este movimiento de patriotismo, prometiendo al divan la posesion de toda la Hungria, si sostenia la guerra con constancia. Decidido el sultan á la lucha con esta alianza, fué de Andrinópolis á Sofía, y encomendando allí el mando general de su ejército á Redjeb-Bajá, lo lanzó temerariamente á Hungria, dando crédito á los astrólogos que le prometian la victoria. Para reanimar en el corazon de los húngaros el sentimiento de la independenciam nacional, Soliman III habia traído de su destierro de Nicodemia al enfermo Tekeli, y lo hacia seguir el ejército en un carro descubierta, escoltado por húngaros que tributaban á su antiguo príncipe honores régios. Tekeli, debilitado y gotoso, se lisonjeaba con la idea de reconquistar un reino para sus hijos.

La ilusion duró poco tiempo. El ejército imperial, mandado por el príncipe de Baden, salió de Belgrado, y aguardó al inhábil general otomano sobre el Morava, antiguo teatro de tantas derrotas de los cristianos. Nissa presenció en esta ocasion su triunfo. Diez mil turcos perecieron en algunas horas á orillas del Morava, bajo la artillería de los austriacos. Los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta Nissa, baluarte fortificado de la Bulgaria. Soliman salió de Sofía á su aproximacion, insultado ya por su caballería, y sacrificando á Redjeb-Bajá á su supersticion, castigó su derrota con la muerte.

## V

La urgencia de hacer frente á los franceses sobre el Rhin y en el Palatinado, impidió á la córte de Austria en perseguir mas allá los restos de los ochenta mil otomanos vencidos en Nissa. Esta córte tenia necesidad de la paz tanto como la misma Puerta. Los Tártaros contenian heroicamente á doscientos mil rusos en la línea estrecha é insuperable de Perecop; los polacos, mas capaces de vencer que

de sacar fruto de la victoria, consumian su heroísmo contra ellos mismos en revueltas intestinas : el Austria no podia contar ya con sus aliados del Norte. Soliman III, inspirado por la inminencia del peligro hizo volver de Candia al único ministro que podia recordar á los otomanos dias de gloria.

El tercer Kiuperli fué nombrado al cabo gran visir. El nombre, este presentimiento de los hombres dignos de su linage, la virtud, el talento, la política, el valor. la experiencia adquirida en las convulsiones de su patria, la elocuencia, en fin, el genio innato de la guerra, recomendaban á Kiuperli á los ojos de los otomanos. Su primer arenga en el divan fué el toque de rebato de la fé y de la patria. Toda la política de los hombres de estado, llamados en circunstancias tan apuradas, consiste en no desesperar de la salvacion pública; el mas confiado es en tales casos el mas hábil. De su promesa nació la salvacion de la patria. Cincuenta mil veteranos, reunidos por él en Constantinopla, partieron para reconquistar á Nissa y la Bulgaria. Veinte dias de sitio arrancaron esta puerta del imperio al conde de Stahremberg, defensor de Viena.

Kiuperli se presentó ocho dias despues delante de Belgrado. Una bomba que cayó en el almacen de la pólvora, conmovió toda la ciudad y derribó un

lienzo de muralla. Kiuperli penetró por él á la cabeza de sus columnas, halló la poblacion medio sepultada bajo sus escombros, y á los imperiales aterrados buscando su salvacion en las aguas del Sava. Ocho mil quedaron muertos en la plaza. Kiuperli se aprovechó del terror de los austriacos para pasar el rio y llevar refuerzos y municiones á Temeswar. Quinientos genízaros, conduciendo cada uno un caballo cargado con sacos de harina, fueron á reanimar á tres mil soldados hambrientos, encerrados en esta fortaleza. El hambre era tal, que los sitiados se apoderaban de los sacos, los abrian y pegaban sus labios en la harina, sin dar tiempo á amasarla y cocerla en los hornos de la tropa.

Todas las islas del Danubio, inclusa la misma Essek, cayeron en poder del visir. Por su parte, Tekeli, seguido por su antiguo pueblo y reforzado con diez y seis mil genízaros, derrotaba en los desfiladeros de Temeswar al general austriaco Heusler, lo hacia prisionero, y recobraba por un momento la superioridad en la Transilvania. Kiuperli, proclamado vengador del imperio, volvía á Andrinópolis para prepararse á una segunda invasion de Hungria, cuando la muerte de Soliman III suspendió todo movimiento exterior en el imperio.

Murió santo, como habia vivido, príncipe mas pro-

pio para ganar el cielo que para realzar el trono. El único mérito de su reinado fué el de haber distinguido al gran ministro que legaba á la monarquía. Achmet II le sucedió sin crisis en el serrallo.

Hermano del sultan difunto, era uno de esos soberanos que parecen destinados en los imperios hereditarios para juguete de los pueblos. Incapáz, sin pensamiento, sin voluntad ni palabra, instrumento pasivo de sus favoritos, sus mujeres y sus ministros, se limitaba á responder en el divan ó en las solemnidades públicas con algunas frases mal pronunciadas y un movimiento de cabeza en que se creía distinguir las palabras ; kosch ! ; kosch ! (¡ está bien ! ¡ está bien !) respuesta invariable en su boca, que aprobaba, lo bueno y lo malo, que no sabia casi discernir.

## VI

Algunos dias ántes de la partida de Kiuperli para el Danubio, los favoritos oscuros del sultan y su kislár-aga, celosos del ascendiente del gran visir en el ejército que esperaba de él nuevos triunfos, insi-

nuaron á su señor que Kiuperli trataba de destruirlo y de coronar en su lugar á Mustafá, hijo de Mahomet IV. El crédulo sultan dió su asentimiento ordinario á los calumniadores de su visir; ordenó al kislár-aga que lo llamase al serrallo para asuntos urgentes, y que lo matasen al atravesar el umbral del palacio. Un mudo del apartamento interior, oculto detrás de las cortinas de la puerta, admirado de la larga conversacion del kislár-aga y de su señor, entreabrió el cortinaje y comprendió por los gestos y las palabras que se trataba de la ejecucion del gran visir. Adicto secretamente á Kiuperli, el mudo corrió al palacio del visir y lo advirtió por signos del proyecto tramado contra su vida.

Kiuperli, montado á caballo para dirigirse al serrallo, se apeó al ver los signos del mudo, respondió al sultan que los asuntos del ejército lo retenian en el divan, convocó en seguida en su casa al aga de los genízaros y á los generales, les reveló la conspiracion cortesana contra su vida y les preguntó con resignacion « si debía entregar su cabeza á un favorito sin mérito, ó conservarla en provecho del « trono, del ejército y del imperio. »

La respuesta fué un grito general de indignacion; su vida era la victoria y el gobierno identificados en un solo hombre. Instruidas las tropas del crimen



premeditado contra su generalísimo, se mantuvo con pena obediente á las órdenes del gran visir. Kiuperli se excusó por espacio de muchos dias de presentarse en el serrallo, bajo el pretexto de apaciguar aquellos movimientos peligrosos para el sultan. El kislár-aga, descubierto por el mudo, conoció que los soldados no vacilarían entre él y Kiuperli, y que su propia cabeza, sacrificada necesariamente por Achmet II, caería á los piés del visir que habia querido asesinar por mano de su señor : huyó una noche del serrallo llevándose consigo sus tesoros á Egipto, su patria.

## VII

Cien mil hombres animados con la esperanza del triunfo siguieron al gran visir á Belgrado. El príncipe de Baden, apoyado por setenta mil hombres en la fortaleza de Peterwardein, en la llanura abierta del Danubio, avanzó con cierto recelo hasta Semlin. Halló la ciudad ocupada ya por el ejército otomano, y se replegó á Salenkemen, fortaleza arruinada á las márgenes del rio. Kiuperli lo siguió é interceptó impunemente ante su vista los refuerzos que salían de

Peterwardein para incorporársele. Cinco mil imperiales cayeron bajo el sable de los spahis. Pero en el momento en que el intrépido visir embestia á la cabeza de los genizaros los atrincheramientos del príncipe de Baden, una bala que le entró por la sien le arrebató la victoria y le quitó la vida.

Su caída del caballo en presencia de sus soldados, difundió la consternacion, el desaliento y la fuga entre los otomanos ya vencedores : pareció que el alma habia abandonado aquel gran ejército, y los turcos se replegaron en desorden á las praderas fangosas de las márgenes del Danubio, mostrándose impacientes por repararlo. Veinte mil genizaros murieron bajo el fuego de la artillería austriaca ó ahogados en el rio, expiando con su muerte la victoria de la mañana. Ciento cincuenta cañones, diez mil tiendas, las cajas del ejército, banderas y estandartes de todas las provincias de Asia y de Europa, cayeron en poder de los vencedores y decoraron los artesones de Carlsruhe, capital del principado de Baden.

Pero diez mil alemanes colmaron tambien con sus cadáveres los atrincheramientos de Salenkemen, y esta victoria no costó ni dió mas que sangre á los dos imperios. La Turquía entera lloró á Kiuperli como al héroe de la patria y al mártir de la fé. Los

otomanos no hallaban con quien reemplazarlo. El haren dispuso del puesto de gran visir. Las favoritas y los eunucos de Achmet II le propusieron en primer lugar á Arabadji-Bajá, hijo de un conductor de *arabas*, carruajes en que paseaban las mujeres del haren. Reemplazólo algunos dias despues Ali-Tarposchi, *bordador de cofias*, que habia llegado, sin que se supiese como, al rango de bajá de Damasco.

## VIII

La guerra aflojaba sobre el Danubio y se encrudecia en el Rhin por los ejércitos de Luis XIV. El embajador de Francia impedia á Ali-Tarposchi que concluyese la paz con el Austria. El patriotismo que habia surexcitado el último Kiuperli se indignaba en las provincias del Asia en presencia del desaliento que habia causado su muerte. Un *molla* de Brusa, llamado Missri-Effendi, levantó millares de fanáticos, vestidos de dervises, y atravesando con ellos el canal de los Dardanelos, marchó sobre Andrinópolis, predicando, como Pedro el Ermitaño, una cruzada de mendicantes en toda la Tracia. Acampados bajo

los pórticos de la magnífica mezquita de Selim II en Andrinópolis, edificada sobre las ruinas del palacio de Adriano, estos dervises echaban en cara al sultan y á sus ministros su cobarde inmovilidad ante los cristianos, y pedian armas para ir á vengar en nombre del Profeta á la Hungria conquistada y á lo: musulmanes sacrificados.

Agitando al pueblo las profecías amenazadoras del *molla*, el gran visir no logró sin mucho trabajo alejarlo de Andrinópolis y hacerlo llevar á Brusa, en donde el temor de atentar á los dias de un dervis protegió largo tiempo su vida y sus predicaciones. Escitaba á la guerra, pero no á la intolerancia, porque mantenía relaciones amistosas con el arzobispo cristiano de Brusa, con quien hablaba con veneracion del Evangelio, fuente del Coran. « Conserva « ese libro, » decia al arzobispo, « con tanto cuidado « como tu vida, porque Dios te lo ha dado: el Evan- « gelio y Jesús viene de Dios. Yo estoy siempre en « espíritu con Jesús: Jesús y Missri concuerdan en « doctrina! »

El gran visir, derribado á consecuencia de esta sedicion de fanáticos, habia sido reemplazado por Mustafa Biikli. Despues de una corta y vana incursion en Transilvania, Biikli fué reemplazado á su vez por Surmeli-Ali-Tarabuli-Bajá. La deliciosa isla de Chio

volvió á caer, bajo este visir, en manos de los venecianos, llamados por los latinos de Chio contra los griegos. La caravana de peregrinos que va anualmente á la Meca fué atacada y puesta á contribucion en Mesopotamia por los árabes. Este sacrilegio, mas sensible á los otomanos que la pérdida de una isla del Archipiélago, consternó al imperio. Achmet II espiró lleno de dolor y de desprecio sin haber reinado.

## IX

La herencia del trono agitó al divan. El gran visir, acostumbrado á la imbecilidad del sultan, queria continuar en el mando colocando en su puesto á un niño. Convocó al muftí, á los bajás, á los jefes de los genizaros que le eran adictos, y les indicó que la elevacion al trono de Ibrahim, hijo de Achmet II, que aun no habia salido de la cuna, consolidaria su ascendiente en el imperio. « Ese niño, les dijo, hijo  
« de un sultan muerto en el trono, debe ser ante-  
« puesto al príncipe Mustafá, que aunque hijo tam-  
« bien de un sultan, su padre fué depuesto por la

« nacion y no pudo por consiguiente trasmitirle tí-  
« tulos que ya no tenia. »

Estos argumentos y estas insinuaciones interesadas, iban á triunfar de las leyes hereditarias de la monarquía, cuando el príncipe Mustafá prevenido por el jefe de los eunucos de la muerte de Achmet II, salió inopinadamente de su prision á los jardines, y presentándose en el patio del serrallo á los pajes, á los genizaros y al pueblo, ocupó por sorpresa el trono, y se ofreció el primero á los ojos de los cortesanos. Una larga aclamacion resonando en el palacio y los jardines reveló á los conspiradores el descubrimiento de sus tramas, no dejándoles mas alternativa que la sumision ó la muerte. Fingieron acudir al salon del trono que ocupaba Mustafá II para llevarle publicamente al imperio que acababan de quitarle en secreto. Solo la presencia de Mustafá bastaba para atraerle los ojos, los corazones y los brazos de los otomanos. †

## X

Este príncipe se hallaba en la flor y la fuerza de su edad; su belleza recordaba con rasgos varoniles la

belleza griega de la esclava de Retimo, su madre, la sultana (cuyos labios bebían el *rocío de la primavera*); en sus miradas brillaba un rayo de fuego templado por la dulzura. Su talle era esbelto, sus movimientos armoniosos y nobles, la benevolencia de su corazón se veía retratada en su fisonomía; llevaba su cabeza con la majestad marcial de un héroe, mas bien que de un monarca; su larga cautividad en los jardines del serrallo desde la deposición de Mahomet IV, su desgraciado padre, realizaba con una sombra de piedad tantos encantos. Los veteranos que lo habían visto niño seguir en los campamentos el caballo de su padre, volvían á ver con lágrimas en los ojos sus facciones, perfeccionadas por los años. Su dulce cautiverio durante los reinados sucesivos de sus tíos le había permitido entregarse al ejercicio de la equitación, al de las armas y á los estudios militares á que estaba predestinado. Manejaba su brido y su sable como un hijo libre de Othman, y respiraba la guerra con el aire de la libertad.

La primera palabra que dirigió al diván, á las tropas y al pueblo, fué un grito bélico contra los enemigos de la patria. Al día siguiente de su coronación en Andrinópolis depuso al gran visir, al muftí y al kislár-aga, hechuras de la sultana Fathmé, que reinaba y vendía el imperio, gobernando bajo el nombre de

este príncipe. La sultana, cuya riqueza igualaba á la del tesoro imperial, tuvo que optar entre la muerte y la revelación del lugar en que la tenía oculta. Encontráronse en él veinte millones de piastras y alhajas de un valor incalculable. Sesenta doncellas, esclavas inútiles del eunuco negro, pero lujo doméstico de estos cortesanos mutilados, fueron sacadas de su haren y revendidas á los funcionarios de Palacio. El fiel eunuco que había dado el imperio á Mustafá II comunicándole la muerte de Achmet II, vió recompensado su peligroso servicio con el nombramiento de kislár-aga, ministro de lo interior y de confianza que rivalizaba en influjo con los grandes visires.

La dignidad de muftí fué dada á Feizullad-effendi, favorito y antiguo preceptor del sultán, tan querido como funesto á su señor. El gran visir Sürmeli, después de algunos días de disimulo por parte del sultán, fué estrangulado por una leve falta; su verdadero crimen consistía en haber dudado entre los dos pretendientes al imperio. Elmas, bajá de Bosnia, antiguo favorito de Mahomet IV, padre de Mustafá, el mas bello de los otomanos, y apellidado Elmas *¡ó* el diamante del serrallo, fué traído de su gobierno para ocupar el puesto de gran visir. Este jóven ministro, sin poseer el genio político de Kiuperli, era tan fiel como un esclavo, tan intrépido como un guerrero,

tan justo como un musulman. El mar y la tierra exigian tales servidores para el islamismo. Mustafá los deseaba ardientemente. El acaso le ofreció uno en un pirata de Túnez, en Mezzomorto, sobrenombre que debía á las cicatrices que cubrian su cuerpo herido en veinte combates navales.

Mezzomorto, célebre ya en la escuadra otomana que mandaban capitanes ignorantes ó tímidos, solicitaba de los ministros el mando de algunos buques, y prometia recobrar de los venecianos la isla de Chio. Un día en que el sultan, oculto detrás de la ventana enrejada del divan, oia, sin ser visto, los planes del pirata y la negativa de los ministros, se sintió conmovido por el tono enérgico y confiado que vibraba en la voz del tunecino; descorrió la cortina, y ordenó al divan que se le permitiese hacer la prueba temeraria que proponia con tanta seguridad. Chio, abordada durante la noche por los corsarios de Mezzomorto, de acuerdo con los griegos que habitaban la isla, ayudó á los turcos á precipitar en el canal á los latinos y á los venecianos. Mezzomorto volvió á Constantinopla con miles de esclavos católicos encadenados en los puentes. El sultan nombró capitán-bajá al dichoso libertador de Chio, y le dió facultades omnímodas en el mar.

## XI

[Mientras que Mezzomorto reorganizaba la marina, el sultan y el gran visir Elmas atravesaban el Danubio á la cabeza de cincuenta mil hombres, tomaban por asalto la fortaleza de Lippa y presentaban la batalla á los ejércitos del Austria, mandados por Veterani y por el elector de Sajonia, Federico Augusto, apellidado por los turcos, á causa de su hercúlea fuerza, « el que rompe herraduras con la mano. »

Los alemanes, formados, segun la táctica que observaban en sus guerras con los turcos, en batallones cuadrados, para rechazar con esta masa sólida la impetuosidad de los spahis, resistieron, en efecto, como un escollo las primeras cargas de los otomanos. El desaliento y la fuga empezaba á cundir por el ejército de Mustafá II, cuando este soberano, sable en mano, se lanzó á lo mas recio de la pelea, é hiriendo en el rostro á sus propios soldados para hacerles volver caras hácia los austriacos, precipitó á sus genizaros en los huecos de los cuadros, y muy pronto, encerrado

él mismo entre el hierro y el fuego, solo pudo abrirse paso por medio de la victoria.

Dudosa estuvo esta largo tiempo entre la revuelta pelea de los dos ejércitos cubiertos con una nube densa de humo. Los mas intrépidos bajás de Mustafá comenzaban á replegarse hácia el campamento; Schahin-Bajá maniobraba para recoger á sus tropas desbandadas; únicamente el sultan se empeñaba en morir ó vencer. « ¿A donde huyes, Schahin? » gritaba con amarga indignacion á su general. « Te han llamado Schahin, por creerte un intrépido halcon. ¡El atrevido halcon hiere á su enemigo en la cabeza! Tú no eres mas que una grulla que da el ejemplo de la fuga á otras grullas, tan tímidas como tú. »

Estas quejas atrajeron al combate á Schahin y á los genízaros, que se avergonzaban de vivir cuando su sultan buscaba la muerte. Veterani, el Turena de la Alemania, cayó herido de un balazo; sus soldados lo colocaron en una carreta, desde donde mandaba y peleaba todavía; la retirada que mandó, obligado por su herida, fué mas bien una maniobra que una derrota, pero dejó con la gloria el campo de batalla á Mustafá II. El desgraciado Veterani, cayó en poder del enemigo, y murió de un sablazo. Diez mil otomanos quedaban confundidos en la llanura con los cadáveres de los austriacos; el sultan lleno de gozo

porque habia puesto á prueba su brazo, y tentado á la fortuna, volvió por la Valaquia á triunfar en Andrinópolis y á reclutar ejércitos mas dignos de sus grandes proyectos.

## XII

En la primavera siguiente del año 1696, volvió á Hungría con cien mil combatientes. El viejo Tekeli lo seguía para mendigar un trono que se le escapaba siempre, y para aconsejarle que siguiera la táctica de los cristianos. A ejemplo de los romanos de César, los turcos, fortificados de posicion en posicion en campamentos atrincherados, guarnecidos de empalizadas, aguardaban la hora oportuna del combate preparándose retiradas para las derrotas, que pudieran sufrir.

Federico Augusto de Sajonia se vió obligado á asaltarlos en su campamento de Olasch. Ya habia salvado los fosos y las empalizadas, y galopaba á la cabeza de diez mil húsares á través de las tiendas, dispuesto á penetrar en la de Mustafá II, cuando el sultan, el gran visir Elmas y el aga de los genízaros, cayendo de re-